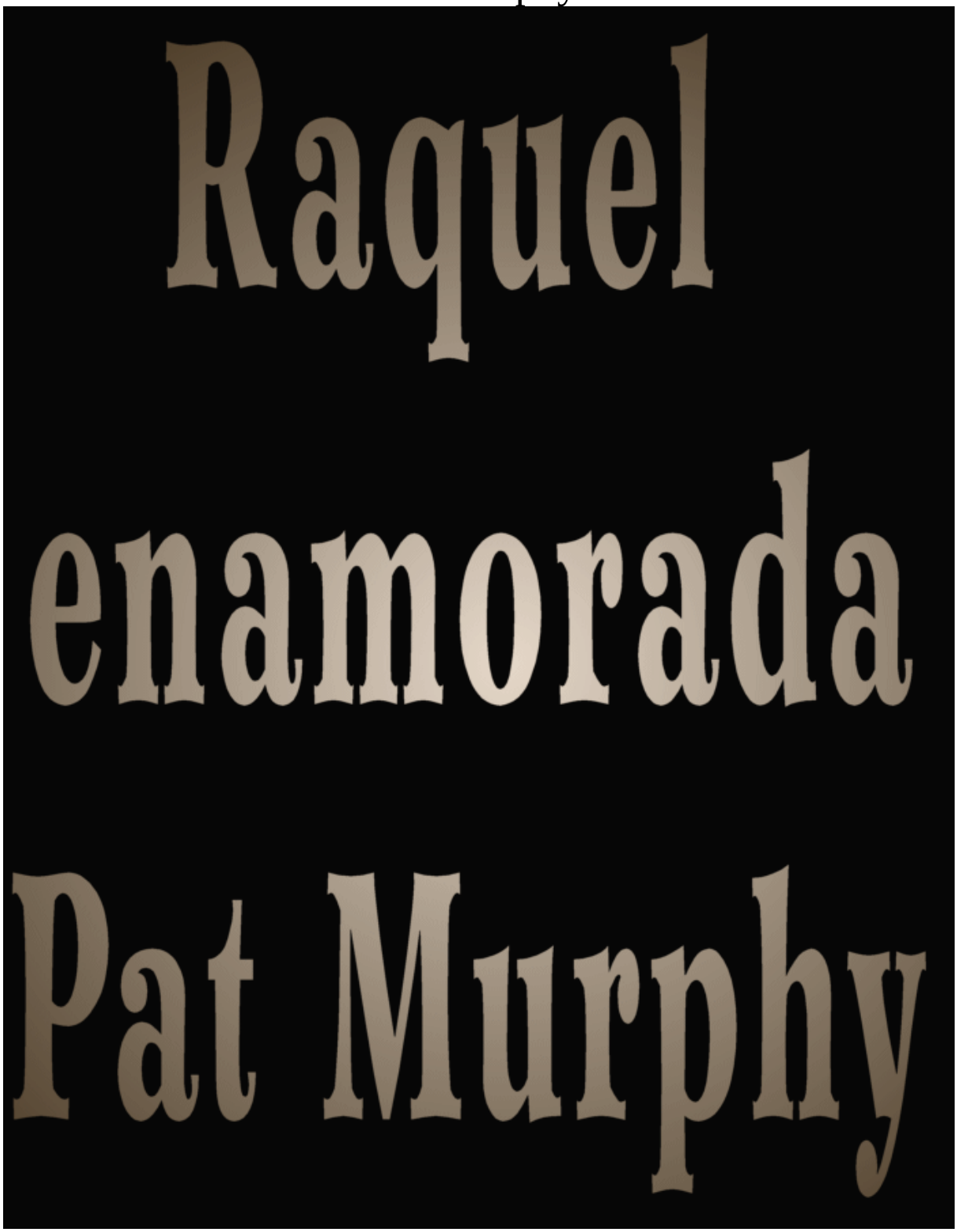
Raquel enamorada
Pat Murphy



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

Domingo por la mañana, en verano. Una chimpancé menuda y parda, llamada Rachel, está sentada en el piso de la sala de la casa de una estancia al borde del Desierto Pintado. Mira una película de Tarzán en la televisión. Se ciñe las rodillas con los brazos velludos y se mece con contenida excitación. Sabe que su padre diría que es grande para esas diversiones pueriles, pero como Aaron todavía duerme, no puede reprenderla.

En la televisión, un grupo de malvados pigmeos ha encerrado a Tarzán en una jaula de bambú. Rachel teme que no escape a tiempo para salvar a Jane de los contrabandistas de marfil que la tienen cautiva. La película pasa a Jane, que está amarrada a la parte trasera de un jeep, y Rachel gime en voz baja. Sabe que no debe aullar; espió antes el dormitorio de su padre, y todavía estaba acostado. A Aaron no le gusta que ella aúlle mientras él duerme.

Cuando interrumpen la película con un corte publicitario, Rachel entra en el cuarto del padre. Desea desayunar y quiere que él se levante. Se acerca de puntillas a la cama para ver si está despierto.

Él tiene los ojos abiertos y mira al vacío, la cara pálida y los labios rojizos. El doctor Aaron Jacobs, el hombre a quien Rachel llama padre, no está durmiendo. Está muerto, pues tuvo un ataque cardíaco durante la noche.

Cuando Rachel lo sacude, la cabeza se bambolea rítmicamente, pero los ojos no pestañean y él no respira. Rachel le apoya la mano en la cabeza, codeándole para que despierte y la acaricie. Él no se mueve. Cuando ella se inclina hacia él, la mano cae flojamente sobre el borde de la cama.

Con la brisa que entra por la ventana abierta, los finos mechones de pelo gris con que él se cubría la calva cada mañana ondean exponiendo la coronilla desnuda. En el otro cuarto, los elefantes braman cruzando la selva para rescatar a Tarzán. Rachel gime, pero su padre no se mueve.

Rachel se aleja del cuerpo del padre; en la sala de estar Tarzán acude al rescate de Jane saltando de liana en liana. Rachel no presta atención al televisor. Recorre la casa como buscando consuelo: entra en su pequeño dormitorio, vagabundea por el laboratorio de su padre. Desde las cajas que bordean las paredes, las ratas blancas la miran con ojos rojos e intensos. Un conejo brinca en su jaula, haciendo ruidos lentos y blandos, como una almohada rodando escalera abajo.

Piensa que tal vez se haya equivocado. Quizá su padre sólo está durmiendo. Regresa al dormitorio, pero nada ha cambiado. Su padre está en la cama con los ojos abiertos. Por largo tiempo se le acurruca al lado, aferrándole la mano.

Él es la única persona que ella ha conocido. Es su padre, su maestro, su amigo. No puede dejarlo solo.

El ardiente sol de la tarde atraviesa la ventana, pero Aaron no se mueve. El cuarto se obscurece, pero Rachel no enciende las luces. Espera a que Aaron despierte. Cuando despunta la luna, la luz plateada atraviesa la ventana trazando un rectángulo brillante en la pared.

Afuera, en la tierra yerma y rocosa que rodea la casa, un coyote yergue la cabeza hacia la luna y aúlla, un gañido solitario como un tren atravesando una estación abandonada. Rachel también suelta un desconsolado aullido de soledad y pesadumbre. Aaron no se mueve y Rachel sabe que está muerto.

Cuando Rachel era más joven, tenía un cuento favorito.

¿De dónde vine?, preguntaba a Aaron usando las breves señas del LAS o Lenguaje Americano de Signos. Dímelo otra vez.

–Eres demasiado grande para que te cuente cuentos para dormir –decía Aaron.

Por favor, suplicaba ella. Cuéntame.

Al final él cedía y le contaba.

–Había una vez una niñita llamada Rachel. Era una niñita bonita, de cabello largo y dorado como una princesa de cuento. Vivía con su padre y su madre y todos eran muy felices.

Rachel tiritaba de placer bajo las sábanas. El cuento, como todo buen cuento de hadas, tenía elementos trágicos. El padre de Rachel trabajaba en una universidad estudiando el funcionamiento del cerebro y registrando los campos eléctricos producidos por los impulsos nerviosos de un cerebro activo. Pero los otros investigadores de la universidad no entendían al

padre de Rachel; desconfiaban de su investigación y le cortaban los fondos. (En esta parte de la historia, la voz de Aaron cobraba un tono sombrío.) Así que él se iba de la universidad y llevaba a su esposa y a su hija al desierto, donde podría trabajar en paz.

Continuaba con sus investigaciones y determinaba que cada cerebro producía su patrón único de campos, tan característico como una huella dactilar. (Esta parte de la historia aburría a Rachel, pero Aaron insistía en incluirla.) La forma de esta "mente eléctrica", como él la llamaba, estaba determinada por los patrones habituales de los pensamientos y las emociones. Si se registra la mente eléctrica, postulaba, se podía capturar la personalidad de un individuo.

Un día de verano, la esposa y la bella hija del doctor habían salido en coche. Un camión que bajaba por un sinuoso camino de montaña tuvo problemas con los frenos y chocó de frente con el coche, matando a la niña y a la madre. (En esta parte de la historia Rachel aferraba la mano de Aaron, turbada por el repentino vuelco de la suerte.)

Pero aunque el cuerpo de Rachel había muerto, no todo estaba perdido. En su laboratorio del desierto, el doctor había registrado los patrones eléctricos producidos por el cerebro de su hija. El médico había experimentado con el uso de campos magnéticos externos para implantar los patrones de un animal en el cerebro de otro. Compraba una pequeña chimpancé. Usaba una mezcla de substancias transmisoras con base de norepinefrina para acelerar el procesamiento neural en el cerebro de la chimpancé, y luego implantaba el patrón mental de su hija en el cerebro de la joven chimpancé, combinando ambos a su modo, salvando a su hija a su manera. En el cerebro de la chimpancé estaba todo lo que quedaba de Rachel Jacobs.

El doctor llamaba Rachel a la chimpancé, y la criaba como a una hija. Como las limitaciones de la laringe de la chimpancé dificultaban el habla, le enseñaba LAS. Le enseñaba a leer y escribir. Eran buenos amigos, magníficos compañeros.

A estas alturas del cuento Rachel solía estar dormida. Pero no importaba, pues sabía el final. El doctor llamado Aaron Jacobs y la chimpancé llamada Rachel vivían felices para siempre.

A Rachel le gustan los cuentos de hadas y los finales felices. Tiene la mente de una muchacha adolescente, pero el corazón inocente de una joven chimpancé.

A veces, cuando Rachel se mira los dedos nudosos y pardos, los encuentra ajenos, raros, fuera de lugar. Recuerda manos menudas, pálidas y delicadas. Los recuerdos se superponen a los recuerdos, capa sobre capa, como las rocas sedimentarias de los promontorios del desierto.

Rachel recuerda a una mujer rubia de tez clara que olía dulcemente a perfume. Hace mucho tiempo, en Halloween, esta mujer (que en estos recuerdos era la madre de Rachel) pintaba de rojo las uñas de Rachel porque Rachel estaba vestida de gitana y a los gitanos les gustaba el rojo. Rachel recuerda las manos de la mujer: manos blancas con venas azuladas justo bajo la piel, uñas pulcramente cortadas y pintadas de rosa.

Pero Rachel también recuerda a otra madre y otro tiempo. Su madre era obscura y velluda y olía dulcemente a fruta madura. Ella y Rachel vivían en una jaula de alambre en una habitación llena de chimpancés, y ella apretaba a Rachel contra su pecho velludo cuando alguien entraba en la habitación. La madre de Rachel cepillaba constantemente a Rachel, revisándole el pelaje en busca de piojos que nunca encontraba.

Recuerdos sobre recuerdos: caóticos y confusos, como fotos recortadas al azar de las revistas, un collage brillante e incoherente. Rachel recuerda jaulas: la fría malla de alambre bajo los pies, el olor del miedo alrededor.

Un hombre con chaqueta blanca de laboratorio la arrebató de los brazos de su madre velluda y la pinchó con agujas. Oía el aullido de su madre, pero no podía escapar del hombre.

Rachel recuerda un baile escolar en el que usó un vestido nuevo: pasó horas en un obscuro rincón del gimnasio, fingiendo admirar los decorados de papel porque sentía demasiada timidez para buscar a sus amigos en la multitud.

Recuerda cuando era una joven chimpancé: se acurrucaba con otros cinco chimpancés adolescentes en el maloliente compartimento de carga de un tren, asustada por los olores y los ruidos extraños.

Recuerda la clase de gimnasia: armarios grises y feos trajes de gimnasia que exponían sus piernas flacas. El profesor mandó a todos a jugar al béisbol, incluso a Rachel, que era enclenque y tímida. Rachel, de pie en la base, temía ser el centro de atención.

–Calma –dijo la catcher, una muchacha ruda que andaba en malas compañías y siempre apestaba a cigarrillo. Cuando Rachel quiso batear y falló, los espectadores rieron maliciosamente.

Los recuerdos de Rachel son tan delicados y elusivos como las polvorientas polillas y mariposas que bailan entre los arbustos del desierto. Los recuerdos de su niñez son inestables; se posan un instante y echan a volar, dejando a Rachel sola y desamparada.

Rachel deja el cuerpo de Aaron donde está, pero le cierra los ojos y le cubre la cabeza con la sábana. No sabe qué otra cosa hacer. Riega el jardín todos los días y recoge hortalizas para los conejos. Todos los días cuida de las ratas y los conejos, llevándoles comida y llenando sus frascos de agua. El tiempo está fresco y el cuerpo de Aaron no huele demasiado mal, aunque al cabo de una semana una ancha fila de hormigas va de la cama a la ventana abierta.

Al fin de la primera semana, en una noche de luna, Rachel decide liberar a los animales. Suelta a los conejos uno por uno, trepando por una escalerilla hasta la jaula para sacarlos. Los lleva uno por uno a la puerta trasera, los sostiene un instante y les acaricia el pelaje suave y tibio. Luego pone al conejo en el suelo y lo impulsa hacia la verde hierba que crece alrededor del perímetro del jardín cercado.

Con las ratas es más difícil.

Logra sacar la gran jaula de ratas del estante, pero es más pesada de lo que creía. Aunque ella amortigua la caída, aterriza en el piso con estrépito, y las ratas corretean adentro. Empuja la jaula por el piso de linóleo, la desliza por el vestíbulo, atraviesa el umbral y la deja en el patio trasero. Abre la puerta de la jaula y las ratas brincan como palomitas de maíz, blancas en el claro de luna, y corren hacia todas partes.

Una vez, mientras Aaron dormía, Rachel caminó por el sendero de tierra que conducía a la carretera principal. No se proponía ir lejos. Sólo quería ver la carretera, tal vez ocultarse cerca del buzón y mirar los coches.

El mundo externo le despertaba curiosidad, y sus recuerdos fugaces y fragmentarios no satisfacían esa curiosidad.

Estaba cerca del buzón cuando Aaron apareció en su Jeep viejo y repugnante.

–Sube –le gritó–. ¡Rápido!

Rachel nunca lo había visto tan furioso. Se encogió en el asiento, sucia de polvo del camino, lamentando que Aaron estuviera tan contrariado. Él no habló hasta que regresaron a la casa.

–No vayas allá afuera –murmuró entonces, la voz tensa de amargura y furia contenida–. No te gustaría estar allá afuera. El mundo está lleno de gente mezquina, estúpida y corta de entendederas. No te comprenderían. Y si no te comprenden, quieren lastimarte. Odian a los que son diferentes. Si saben que eres diferente, te castigan y te lastiman. Te encerrarían y no te dejarían marchar.

Miraba hacia delante, los ojos clavados en el parabrisas mugriento.

–No es como en los programas de TV, Rachel –dijo con voz más suave, volviéndose hacia ella–. No es como los cuentos de los libros.

Lo lamento, lo lamento, gesticuló ella frenéticamente.

–Allá afuera no puedo protegerte –dijo él–. No puedo darte seguridad.

Rachel le tomó la mano entre las suyas. Él se calmó y le acarició la cabeza.

–Nunca vuelvas a hacerlo –dijo–. Nunca.

El temor de Aaron era contagioso. Rachel nunca volvió a recorrer el sendero de tierra, y a veces soñaba con gente mala que quería encerrarla en una jaula.

Dos semanas después de la muerte de Aaron, un coche de policía blanco y negro se acerca despacio a la casa. Cuando los policías llaman a la puerta, Rachel se oculta detrás del diván de la sala de estar. Golpean de nuevo, mueven el picaporte y al fin abren la puerta, que ella ha dejado sin llave.

Sobresaltada, Rachel abandona su escondite y brinca hacia la puerta trasera. A sus espaldas oye un grito:

–¡Cielos, un gorila!

Cuando el hombre desenfunda la pistola, Rachel ya se ha escabullido por la puerta trasera para perderse en las colinas. Desde las colinas observa cuándo llega una ambulancia y dos hombres de blanco se llevan el cuerpo de Aaron. Aun después de que la ambulancia y el coche de policía se han alejado, Rachel teme volver a la casa. Sólo regresa después del ocaso.

Poco antes del alba siguiente, despierta al oír el traqueteo de un camión en el sendero de tierra. Atisba por la ventana y ve una furgoneta verde. Lleva las palabras CENTRO DE INVESTIGACIÓN DE PRIMATES trazadas muy torpemente con pintura blanca en la portezuela. Rachel titubea cuando la furgoneta frena frente a la casa. Cuando al fin resuelve huir, dos hombres bajan del vehículo. Uno de ellos porta un rifle.

Rachel se va por la puerta trasera con rumbo a las colinas, pero cuando corre hacia su escondrijo oye un ruido semejante a un jadeo y siente una dolorosa mordedura en el hombro. De pronto se le aflojan las patas y rueda cuesta abajo por la arena. El polvo le cubre el pelaje rojizo, su aullido se convierte en gemido y al final cesa. Cae en la negrura del sueño.

Ha salido el sol. Rachel está en una jaula en la parte trasera de la furgoneta semidescubierta. Al recobrar la conciencia siente un cosquilleo en las manos y los pies. La náusea le aprieta el estómago y las vísceras. Le duele el cuerpo.

Puede pestañear, pero no puede hacer otros movimientos. Desde donde está, sólo ve la malla de alambre de la jaula y el flanco del vehículo. Cuando intenta volver la cabeza, se intensifica el ardor de su piel. Se queda quieta, ansiando gritar pero incapaz de emitir sonidos. En su afán de ahuyentar el dolor, sólo puede pestañear despacio. Pero el ardor y la náusea persisten.

El vehículo entra en un camino de tierra, se detiene. Se balancea cuando bajan los hombres. Se oyen portazos. Rachel oye que abren la portezuela trasera. Una voz de mujer.

–¿Es ése el animal que el sheriff pidió que recogiéramos?

Una mujer mira la jaula. Usa una chaqueta blanca, y tiene el cabello castaño recogido en una trenza. Rachel le ve arrugas alrededor de los ojos, trazadas por años de vida en el desierto. La mujer no parece mala. Rachel espera que ella la salve de los hombres del camión.

–Sí. Estará aturdido al menos media hora más. ¿Dónde quiere que lo llevemos?

–Al laboratorio donde estaban los macacos. Lo mantendré allí hasta que tenga una jaula vacía en el criadero.

La jaula de Rachel raspa el piso del camión. Siente cada vaivén y rasguño como un nuevo dolor. El hombre pone la jaula en un carrito, y la mujer empuja el carrito por un corredor de cemento. Rachel mira las paredes que pasan a pocos centímetros de su nariz.

El laboratorio contiene dos hileras de jaulas donde pequeños animales se mueven con somnolencia. A la cruda luz de los fluorescentes se ve el fulgor rojo de los ojillos de las ratas blancas.

Con la ayuda de uno de los hombres del camión, la mujer acomoda a Rachel en una mesa de laboratorio. La superficie metálica es fría y dura y hace doler la piel de Rachel. No controla su cuerpo; sus miembros no le responden. Aún está paralizada por el tranquilizante, y puede ver, pero nada más. No puede protestar ni suplicar.

Rachel observa con creciente terror cómo la mujer se calza guantes de goma y llena una hipodérmica con una solución clara.

–Anota que le estoy haciendo la prueba estándar de la tuberculosis. Hay que revisarle este párpado antes de mudarla con los demás. Añadiré thiabendazole a su alimentación durante estos días, para limpiarla de parásitos intestinales. Y supongo que también conviene despulgarla –dice la mujer.

El hombre aprueba con un gruñido.

Diestramente, la mujer cierra un ojo de Rachel. Con el ojo abierto, Rachel ve cómo se acerca la aguja hipodérmica. Siente un dolor agudo en el párpado. Mentalmente está aullando, pero sólo puede emitir un ruidoso suspiro.

La mujer deja la hipodérmica y rocía metódicamente el pelaje de Rachel con un líquido frío y pestilente. Una gota cae en el ojo de Rachel y le escuece. Rachel parpadea, pero no puede alzar la mano para frotarse el ojo. La mujer trata a Rachel con distancia, charlando con el hombre mientras abre las patas de Rachel y le rocía los genitales.

–Parece bastante sana. Buena raza.

Rachel gime, pero nadie lo nota. Al fin terminan de torturarla, la ponen en una jaula y se marchan. Ella cierra los ojos, y vuelve la obscuridad.

Rachel sueña. Está de vuelta en la casa. Es de noche y está sola. Afuera aúllan los coyotes. El coyote es la voz del desierto y gime como el viento al atravesar una fisura en la roca. Los nativos de la comarca cuentan historias sobre Coyote, un dios que era un embaucador: embustero, voluble, mercurial.

Rachel está inquieta, ansiosa, entristecida por el aullido de los coyotes. Está buscando a Aaron. En el sueño sabe que no está muerto, y lo busca por toda la casa, yendo desde su atestado dormitorio hasta su pequeño cuarto y el laboratorio con piso de linóleo.

Está en el laboratorio cuando oye unos golpes: un rasguño seco como una rama movida por el viento raspando una ventana, pero no hay árboles junto a la casa y es una noche serena. Cautelosamente, levanta la cortina para mirar.

Ve su propio reflejo: una cara pálida y oval, pelo rubio y largo. La mano que sostiene la cortina es tersa y blanca, con uñas pulcramente cortadas. Pero algo está mal. Superpuesta sobre el reflejo hay otra cara que mira a través del cristal: un par de ojos obscuros y castaños, una cara de chimpancé con pelo parduzco y orejas curvas. Ve su propio reflejo y ve a esa extraña; las dos imágenes se funden y se desdibujan. Tiene miedo, pero no puede soltar la cortina y deshacerse del simio.

Es una chimpancé mirando a través del cristal frío y brillante; es una niña mirando hacia fuera; es una niña mirando hacia dentro; es un simio mirando hacia fuera. Tiene miedo y los coyotes aúllan alrededor.

Rachel abre los ojos y parpadea hasta focalizar el mundo. El dolor y el cosquilleo han cesado, pero todavía siente náusea. Le duele el ojo izquierdo. Cuando se lo frota, siente una hinchazón donde la mujer le pinchó el párpado. Está tendida en el piso de la jaula de malla de alambre. En la habitación hace calor y en el aire flota el olor de los animales.

En la jaula vecina hay otro chimpancé, un animal viejo con pelaje andrajoso color castaño obscuro. Está sentado con los brazos alrededor de las rodillas, meciéndose. Tiene la cabeza ancha. Al mecerse, murmura para sí mismo, un arrullo incesante. Rachel le ve un destello metálico en la coronilla: un electrodo insertado en el cráneo sobresale de una zona rasurada. Rachel emite un sonido inquisitivo, pero el otro chimpancé no alza los ojos.

La jaula de Rachel es pequeña. En un rincón hay un cuenco con bizcochos. Un frasco de agua cuelga de un costado. Rachel no toca la comida, pero bebe ávidamente.

La luz del sol entra por las ventanas, cortada en lonchas por la malla de alambre que cubre el cristal. Ella tantea la puerta de la jaula, sacudiéndola suavemente al principio, luego con más fuerza. Tiene cerrojo. Los agujeros del alambre son demasiado pequeños para que pase su mano. No puede sacarla para mover el pestillo.

El otro chimpancé continúa meciéndose. Cuando Rachel sacude su jaula y aúlla, él levanta la cabeza fatigosamente y la mira. Sus irritados ojos parecen extraviados. Ella no está segura de que él la vea.

Hola, gesticula tentativamente. ¿Qué ocurre?

Él pestañea en la luz turbia. Lastimado, responde en LAS.

Alza la mano hacia el electrodo, señalando la piel irritada de tanto frotarla.

¿Quién te lastimó?, pregunta ella. Él la mira inexpresivamente y Rachel repite la pregunta. ¿Quién?

Los hombres, responde él. Como si los hubiera llamado, se oye un chasquido, se abre la puerta de laboratorio y entra un hombre barbudo, de chaqueta blanca, con un hombre bien afeitado y de traje. El hombre barbudo parece mostrarle al otro el laboratorio.

–... sólo pruebas preliminares, por ahora –dice el hombre barbudo–. La escasez de chimpancés que dominen el LAS ha sido un obstáculo. –Los dos se detienen frente a la jaula

del chimpancé mayor–. Este amigo es del Centro de Oregón. Se recortaron los fondos para el programa de lenguaje, y algunos animales terminaron en otros programas.

El viejo chimpancé se acurruca en el fondo de la jaula, mirando recelosamente al hombre barbudo.

¿Hambre?, pregunta el hombre barbudo al chimpancé. Le muestra una naranja.

Dame naranja, responde el chimpancé. Extiende la mano, pero sólo lo suficiente para alcanzar la naranja. Con la fruta en la mano, retrocede al fondo de la jaula.

–Este proyecto nos brindará los primeros datos firmes sobre la actividad neural durante el uso del lenguaje de señas –continúa el hombre barbudo–. Pero necesitamos más chimpancés con destreza lingüística avanzada. La gente protege tanto a sus animales.

–¿Este ejemplar es suyo? –pregunta el hombre afeitado, señalando a Rachel.

Ella se acurruca en el fondo de la jaula, alejándose de la malla de alambre.

–No, no es mío. Parece que esta chimpancé era un animal doméstico. El sheriff nos pidió que la recogiéramos. –El hombre barbudo echa un vistazo a la jaula. Rachel no se mueve; le aterra que él se entere de que domina el LAS. Le mira las manos y piensa en esas manos introduciéndole un electrodo en el cráneo–. Creo que la pondrán en el criadero –dice el hombre mientras se aleja.

Rachel los observa, pensando cuán terrible es esta gente. Aaron tenía razón: quieren castigarla, ponerle un electrodo en la cabeza.

Cuando los hombres se han ido, trata de entablar conversación con el chimpancé viejo, pero él no responde. La ignora mientras come su naranja. Luego vuelve a su postura anterior, ocultando la cabeza y meciéndose.

Rachel, hambrienta a su pesar, prueba un bizcocho. Tiene un raro gusto medicinal, y lo pone de vuelta en el cuenco. Necesita orinar, pero no hay cuarto de baño y no puede escapar de la jaula. Al fin, sin poder contenerse, orina en un rincón de la jaula. La orina gotea por la malla de alambre y empapa el piso inferior. Humillada, asustada, la cabeza dolorida, la piel irritada por el líquido contra pulgas, Rachel mira cómo el sol se desplaza por la habitación.

Pasa el día. Rachel prueba de nuevo la comida, pero la rechaza, prefiriendo el hambre a ese gusto extraño. Un hombre negro entra a limpiar las jaulas de los conejos y las ratas. Rachel se acurruca en su jaula y lo mira cautelosamente, temiendo que también él pueda lastimarla.

Cuando llega la noche, no está cansada. Afuera aúllan los coyotes. La luz de la luna se filtra por las altas ventanas. Ella encoge las patas y descansa con los brazos alrededor de las rodillas. Su padre está muerto, y está cautiva en un lugar extraño. Gime suavemente, esperando despertar de esta pesadilla y encontrarse en casa, en una cama. Cuando oye el chasquido de una llave en la puerta de la habitación, se abraza con más fuerza.

El hombre con ropa de trabajo verde empuja un carro lleno de artículos de limpieza. Coge una escoba y se pone a barrer el piso de cemento. Sobre las hileras de jaulas, ella ve su coronilla meciéndose al ritmo de su tarea. El hombre trabaja lenta y rítmicamente agachándose para barrer debajo de cada hilera de jaulas, formando una pulcra pila de polvo, excrementos y restos de comida en el centro del pasillo.

El nombre del ordenanza es Jake. Es un hombre sordo y maduro que trabaja para el Centro de Investigación de Primates desde hace siete años. Está en el turno de noche. El director de personal del centro emplea a Jake porque cubre el cupo federal de empleados minusválidos, y porque no ha pedido aumento en cinco años. Ha habido quejas sobre Jake –su trabajo a menudo es insatisfactorio–, pero no tantas como para despedirlo.

Jake es un hombre de poco seso y pocas ambiciones. Le gusta el Centro de Investigación de Primates porque trabaja a solas y entonces puede beber. Es un hombre tranquilo, y le gustan los animales. A veces les trae regalos. Una vez, un asistente de laboratorio le sorprendió dándole una manzana a una hembra de macaco preñada. La mona formaba parte de un experimento sobre el efecto de las restricciones dietéticas en el desarrollo del cerebro fetal, y el asistente le advirtió a Jake que lo despedirían si volvían a sorprenderle inmiscuyéndose con los animales. Jake sigue dando comida a los animales, pero ahora tiene más cuidado y no han vuelto a reprenderle.

Mientras Rachel mira, el viejo chimpancé le hace gestos a Jake.

Dame una banana, dice el chimpancé. Por favor, banana. Jake deja de barrer y estira el brazo hacia el estante inferior del carro de limpieza. Regresa con una banana y se la ofrece al chimpancé. El chimpancé la acepta y se apoya en el alambre mientras Jake le rasca el pelaje.

Cuando Jake vuelve a su tarea, repara en Rachel y ve que ella le está observando. Alentado por la amabilidad del hombre hacia el chimpancé, Rachel gesticula tímidamente. Ayúdame.

Jake titubea y la mira con mayor atención. Tiene los ojos inflamados. Su nariz exhibe las ventanillas rotas de alguien que ha sido amigo de la botella durante muchos años. Necesita una afeitada. Pero cuando se acerca, Rachel percibe el olor del whisky y del tabaco. Esos olores le recuerdan a Aaron y la alientan.

Por favor, ayúdame, dice Rachel. Yo no soy de aquí.

Jake ha estado bebiendo desde hace una hora. Su visión del mundo es un poco borrosa. La mira con ojos empañados.

De pronto Rachel siente más miedo del encierro y la soledad que de la posibilidad de que él la lastime. Gesticula desesperadamente.

Por favor por favor por favor. Ayúdame. No soy de aquí. Por favor, ayúdame a ir a casa.

Él la mira, estudiando la situación. Rachel no se mueve. Teme que cualquier movimiento lo ahuyente. Con pesadez dictada por la ebriedad, Jake apoya la escoba en la hilera de jaulas de atrás y se acerca de nuevo a la jaula de Rachel.

¿Hablas?, pregunta. Hablo, responde ella.

¿De dónde vienes?

De la casa de mi padre, explica Rachel. Dos hombres vinieron, me dispararon y me pusieron aquí. No sé por qué. No sé por qué me encerraron en la cárcel.

Jake mira en torno tratando de entender, asombrado por la alusión a la cárcel.

Esto no es una cárcel, dice. Es un sitio donde los científicos crían monos.

Rachel se indigna.

No soy un mono, replica. Soy una niña.

Jake le estudia el cuerpo velludo y también las orejas curvas.

Pareces un mono.

Rachel menea la cabeza.

No. Soy una niña.

Rachel se lleva las manos a la cabeza, un humanísimo gesto de fastidio y desdicha. Gesticula con tristeza.

No soy de aquí. Por favor, déjame salir.

Jake mece el cuerpo preguntándose qué hacer.

No puedo dejarte salir. Me crearía problemas.

Sólo un rato. Por favor. Jake mira su carro de provisiones. Tiene que terminar esta habitación y dos corredores de oficinas antes de ponerse a descansar.

No te vayas, suplica Rachel, adivinándole los pensamientos.

Tengo que trabajar.

Ella mira el carro y sugiere:

Déjame salir y te ayudaré.

Si te dejo salir, escaparás, responde Jake con mal talante.

No, no escaparé. Ayudaré. Por favor, déjame salir.

¿Prometes regresar?

Rachel asiente

Él abre la jaula con cautela.

Rachel sale de un brinco, coge una escoba y barre hacendosamente los restos de comida y excrementos que hay debajo de las jaulas.

Vamos, le dice a Jake desde el extremo del corredor. Te ayudaré.

Cuando Jake empuja el carro desde el cuarto lleno de jaulas, Rachel le sigue de cerca. Las ruedas de goma del carro susurran en el piso de linóleo. Pasan por una puerta de metal a un corredor donde el piso está alfombrado y el aire huele a polvo de tiza y papel.

Hay oficinas en el corredor. Son cuartos pequeños amueblados con un escritorio, anaqueles y una pizarra. Jake le enseña a Rachel cómo vaciar los cestos en una bolsa de basura. Mientras él limpia las pizarras, ella va de oficina en oficina arrastrando la bolsa llena de desperdicios.

Al principio Jake vigila a Rachel. Después de limpiar cada pizarra, bebe whisky de un vaso de papel. Al final del corredor, llena el vaso con la botella que guarda entre un bidón y el limpiador de ventanas. Cuando va por el segundo vaso, ya la trata como a una vieja amiga, y le dice que se apresure para que puedan cenar.

Rachel trabaja deprisa, pero a veces se detiene para mirar por las ventanas de la oficina. Afuera, el claro de luna brilla sobre una planicie arenosa moteada de arbustos.

Al final del corredor hay una habitación más amplia con varios escritorios y máquinas de escribir. En uno de los cestos encuentra una revista enterrada bajo memorandums y envoltorios de golosinas. Se llama Confesiones Amorosas, y la tapa muestra a un hombre y a una mujer besándose. Rachel estudia la tapa, toma la revista y la oculta en el estante inferior del carro.

Jake se sirve otro vaso de whisky y empuja el carro hacia otro corredor. Jake trabaja ahora más despacio, y mientras trabaja tararea sonidos sin melodía, que él siente como vibraciones agradables. Borra chapuceramente las últimas pizarras, y Rachel, que ha terminado con los cestos, limpia los lugares que Jake pasó por alto.

Cenan en el cuarto de los ordenanzas, una maloliente habitación sin ventanas, amueblada con un diván viejo manchado de grasa, un maltrecho televisor de blanco y negro, y estantes con artículos de limpieza; Jake toma de un estante la bolsa con su comida: un sandwich de embutido, una bolsa de papas fritas, una caja de barquillos de vainilla. Toma una revista que está detrás de las jarras de limpiador líquido. Enciende un cigarrillo, se sirve más whisky y se tiende en el diván. Al cabo de un instante de vacilación, ofrece un trago a Rachel, echando una medida de whisky en una desconchada taza de loza.

Aaron nunca le permitió a Rachel que bebiera whisky, y ella lo prueba con cautela. Al principio el olor la hace estornudar, pero la fascina la tibieza del líquido en la garganta, y bebe un poco más.

Mientras beben, Rachel le habla a Jake de los hombres que le dispararon y la mujer que la pinchó con una aguja, y él cabecea.

Esta gente está loca, dice Jake por señas.

Lo sé, contesta ella, pensando en el viejo chimpancé con el electrodo en la cabeza. No contarás que sé hablar, ¿verdad? Jake menea la cabeza.

No contaré nada.

Me tratan como si yo no fuera real, dice Rachel con tristeza. Se abraza las rodillas, asustada ante la idea de ser prisionera de gente loca. Piensa en planear su fuga: está fuera de la jaula y está segura de ser más veloz que Jake. Mientras piensa en ello, termina el whisky. El alcohol le quita el miedo. Se sienta junto a Jake en el diván, y el olor del humo del cigarrillo le evoca a Aaron. Por primera vez desde la muerte de Aaron se siente cómoda y feliz.

Comparte con Jake los bizcochos y las papas fritas, y mira el número de Confesiones Amorosas que tomó de la basura. La primera nota que lee es sobre una mujer llamada Alice. El titular dice: "Me convertí en bailarina go-gó para pagar las deudas de juego de mi esposo, y ahora quiere que venda mi cuerpo."

Rachel comprende la soledad y el sufrimiento de Alice. Alice, como Rachel, se siente aislada e incomprendida. Mientras Rachel lee, bebe su segunda taza de whisky. La nota le recuerda un cuento de hadas: el buen hombre que libera a Alice de su horrible esposo reemplaza al apuesto príncipe que rescataba a la princesa. Rachel mira de soslayo a Jake y se pregunta si él la rescatará de la gente mala que la encerró en la Jaula.

Ha terminado la segunda taza de whisky y ha comido la mitad de los bizcochos de Jake, cuando Jake le dice que vuelva a la jaula. Ella obedece a regañadientes, llevándose la revista.

Él promete que irá a buscarla a la noche siguiente y Rachel debe conformarse con eso. Deja la revista en un rincón de la jaula y se acurruca para dormirse.

Despierta durante la tarde. Un hombre con chaqueta blanca mete un carro en el laboratorio.

Rachel siente jaqueca y náusea por el alcohol. Está encogida en una esquina de la jaula cuando el hombre detiene el carro y traba las ruedas.

–Quédate quieta, dice, y pone la jaula en el carro.

El hombre la lleva por largos corredores con paredes de cemento pintadas de verde militar. Rachel se acurruca en la jaula, intimidada, preguntándose adónde va y si Jake podrá encontrarla.

Al final de un largo corredor, el hombre abre una gruesa puerta de metal y Rachel siente una bocanada de aire caliente. A ambos lados del corredor hay rejas metálicas y malla de alambre. Rachel ve sombras obscuras y velludas detrás del alambre. En una jaula, cinco chimpancés adolescentes se mecen y juegan. El hombre se detiene ante una jaula donde un macho grande golpea el alambre con el puño, haciéndolo vibrar y crujir.

–Vamos, Johnson –dice el hombre–, cálmate. Sé bueno. Te traigo una nueva amiga.

Con una serie de ganchos, el hombre une la jaula de Rachel a la jaula contigua a la de Johnson y abre las puertas.

–Vamos, muchacha –dice–. Mira la linda fruta.

En la nueva jaula hay un cuenco de manzanas cortadas rodeadas por un enjambre de moscas.

Rachel se resiste a entrar en la nueva jaula. Se acurruca en la jaula del carro, esperando que el hombre decida llevarla de vuelta al laboratorio. Ve que toma una manguera y la conecta a un grifo. Pero no entiende sus intenciones hasta que él apunta el agua hacia ella. Un chorro helado le da en la espalda y grita, metiéndose en la nueva jaula para eludir el agua fría. El hombre cierra las puertas, desengancha la jaula y se marcha deprisa.

El piso es de cemento. Su jaula está en el extremo del corredor, y dos de las paredes son de cemento. La puerta de una de las paredes de cemento conduce a un cuarto externo. Las otras dos paredes son de malla de alambre: una da al corredor; la otra a la jaula de Johnson.

Johnson, tranquilo ahora que el hombre se ha ido, olisquea la puerta de la pared de alambre que une ambas jaulas. Rachel lo mira con ansiedad. Sus recuerdos de otros chimpancés son imprecisos y borrosos. Recuerda a su madre; recuerda vagamente que jugó con otros chimpancés de su edad. Pero no sabe cómo reaccionar ante Johnson cuando él la mira intensamente y suelta un gruñido. Le gesticula en LAS, pero él sólo la mira con mayor intensidad y gruñe de nuevo. Más allá de Johnson hay otras jaulas y otros chimpancés, tantos que la malla de alambre le enturbia la visión y no puede ver el otro extremo del corredor.

Para escapar de la mirada de Johnson, atraviesa la puerta que da al cuarto externo, una jaula de malla de alambre con piso de cemento blanco. Afuera hay un terreno yermo y arbustos. Hace calor bajo el sol de la tarde, y todos los demás cuartos externos están vacíos hasta que Johnson aparece en el contiguo. Su presencia perturba a Rachel, que regresa adentro.

Se retira al costado de la jaula más alejado de Johnson. Una tosca plataforma de madera le ofrece un sitio donde sentarse. Abrazándose las rodillas, trata de relajarse e ignorar a Johnson. Dormita un rato, pero despierta ante una conmoción en el pasillo.

En la jaula de enfrente hay una hembra de chimpancé en celo. Rachel reconoce el olor por sus propias épocas de celo. Dos guardianes abren la puerta que separa la jaula de la hembra de la jaula contigua, donde hay un macho que la observa con gran interés. Johnson sacude el alambre y aúlla.

–Mike es virgen, pero Susie sabe lo que se hace –le dice un guardián al otro–. No debería haber problemas. Pero ten preparada la manguera.

–¿Sí?

–A veces riñen. Sólo usamos la manguera para separarlos si la situación se agrava. En general funcionan bien.

Mike entra en la jaula de Susie. Los guardianes bajan la puerta, dejando a ambos chimpancés encerrados en la misma Jaula. Susie no parece alarmada. Sigue comiendo una tajada de naranja mientras Mike le huele los genitales con gran interés. Ella se agacha para permitir que Mike le toque el trasero rosado, señal del celo.

Rachel se sorprende estando de pie ante la malla de alambre, soltando gemidos suaves. Ve la erección de Mike, oye sus gruñidos. Él está agazapado en el piso de la Jaula de Susie y le hace señas a la hembra. Los sentimientos de Rachel son ambiguos: está fascinada, intimidada, confundida. Sigue pensando en las descripciones sexuales de la nota de Confesiones Amorosas: cuando Alice siente los labios de Danny, es arrebatada por la pasión. Danny la toma en sus brazos y la piel de Alice vibra como si la consumiera un fuego interior.

Susie se arquea y Mike la penetra con un gruñido y contonea las caderas. Susie suelta un grito estridente y de pronto da un brinco, zafándose de Mike.

Rachel observa fascinada. Mike, con el pene ahora fláccido, sigue a Susie hasta el rincón de la jaula y la acaricia lentamente. Rachel descubre que la malla de alambre le ha cortado las manos porque la aferraba con demasiada fuerza.

Es de noche, y la puerta del extremo del corredor se abre con un crujido.

Rachel se pone alerta y atisba por la malla de alambre tratando de distinguir el extremo del corredor. Golpea la malla de alambre. Cuando Jake se acerca, lo saluda con los brazos.

Cuando Jake tiende el brazo hacia la palanca que abre la puerta de la jaula de Rachel, Johnson embiste contra él, protestando y agitando los brazos sobre la cabeza. Golpea la malla de alambre con los puños, aullando y haciendo muecas. Rachel ignora a Johnson y sigue a Jake.

De nuevo Rachel ayuda a Jake a limpiar. En el laboratorio saluda al chimpancé viejo, pero el animal está más interesado en la banana que le ha traído Jake que en conversar. El chimpancé no responde a sus preguntas, y Rachel desiste al cabo de varios intentos.

Mientras Jake pasa la aspiradora por los pasillos alfombrados, Rachel vacía la basura y encuentra una revista llamada Romance Moderno en el mismo cesto en el que estaba Confesiones Amorosas.

Luego, en el cuarto de los ordenanzas, Jake fuma un cigarrillo, bebe whisky y hojea una de sus revistas. Rachel lee historias de amor en Romance Moderno.

De vez en cuando mira por encima del hombro de Jake y ve granulosas fotos de mujeres desnudas con las piernas abiertas. Jake mira largo rato la foto de una rubia con pechos grandes, uñas rojas y párpados pintados de púrpura. La mujer está tendida boca arriba y sonríe mientras se acaricia la parte rosada entre las piernas. La foto de la página siguiente la muestra acariciándose los senos, pellizcándose los pezones obscuros. La última foto la muestra mirando por encima del hombro. Está en la misma posición que adoptó Susie para que la montaran.

Rachel mira la revista por encima del hombro de Jake, pero no hace preguntas. El olor de Jake empezó a cambiar en cuanto abrió la revista; el olor del sudor nervioso se mezcla con el aroma del tabaco y del whisky. Rachel sospecha que las preguntas lo fastidiarían.

A requerimiento de Jake, regresa a la jaula antes del alba.

Durante la semana siguiente escucha las charlas de los hombres que van y vienen, trayendo comida y limpiando las jaulas con las mangueras. Por esas conversaciones se entera de que el Centro de Investigación de Primates es ante todo un criadero que ofrece a los investigadores diversas especies de simios y monos de origen doméstico. También mantiene su propio personal de investigación. Con tono indiferente, los hombres hablan de cosas horribles. Los chimpancés adolescentes del extremo del corredor reciben una dieta con mucho colesterol para determinar el efecto del colesterol en el sistema circulatorio. Se les inyectan hormonas masculinas a un grupo de hembras preñadas para determinar cómo afectan a la prole femenina. Un grupo de bebés recibe una dieta baja en proteínas para determinar efectos adversos en su desarrollo cerebral.

Los hombres miran a través de ella como si no fuera real, como si ella formara parte de la pared, como si ni siquiera estuviera allí. Ella no puede hablarles; no puede confiar en ellos.

Todas las noches Jake la saca de la jaula y ella le ayuda a limpiar. Él le trae obsequios: papas fritas ahumadas, fruta fresca, barras de chocolate, bizcochos. La trata con afecto, como se trataría a un niño precoz. Y le habla.

De noche, cuando está con Jake, Rachel casi olvida el terror de la jaula, la angustia de ver los movimientos inquietos de Johnson, la sensación de irrealidad que acompaña a cada acto.

Se conformaría con quedarse para siempre con Jake, comiendo bocadillos y leyendo revistas con historias románticas. Él parece gustar de su compañía. Pero todas las mañanas Jake insiste en que vuelva a la jaula y al terror. Al final de la primera semana, Rachel empieza a planear su fuga.

Cuando Jake se duerme por efecto del whisky, algo que ocurre tres noches de cada cinco, Rachel recorre el centro a solas, recogiendo subrepticiamente cosas que necesitará para sobrevivir en el desierto: un recipiente de plástico lleno de agua, una bolsa de bizcochos, una gran toalla que le servirá como manta en las frías noches del desierto, un bolso de plástico donde podrá llevar las otras cosas. Su mejor hallazgo es un mapa de carreteras en el que el Centro de Investigación de Primates está marcado en rojo. Conoce la dirección de la casa de Aaron y la encuentra en el mapa. Estudia las carreteras y planea un itinerario. A campo traviesa, si no se pierde, tendrá que viajar unos setenta kilómetros para llegar. Oculta estas cosas detrás de un estante del cuarto de los ordenanzas.

Sus planes para escapar son perturbados por la sospecha de que está enamorada de Jake, una idea que se le ocurre poco a poco, alimentada por las notas de las revistas. Cuando Jake la acaricia distraídamente, siente una extraña sensación. Añora su compañía y lo echa de menos los fines de semana, cuando él no viene. Sólo es feliz estando con él, siguiéndolo por los pasillos del centro, olisqueando el olor a tabaco y whisky que es el perfume de Jake. Le roba un cigarrillo del paquete y lo oculta en su jaula, donde pueda saborear el olor a placer.

Lo ama, pero no sabe cómo lograr que él le corresponda. Rachel sabe poco acerca del amor: recuerda que en la escuela secundaria se prendó de un chico que usaba el armario contiguo al suyo, pero eso quedó en nada. Lee las revistas, y la columna de Ann Landers en el diario que Jake trae todas las noches, y en estas fuentes aprende acerca del amor. Una noche cuando Jake está dormido, dactilografía una carta para Ann, con mala puntuación y peor sintaxis. En la carta explica su situación y pide consejo para lograr que Jake la ame. Mete la carta en un saco con la etiqueta Correo Saliente, y durante la próxima semana lee la columna de Ann con creciente interés. Pero su carta no se publica.

Rachel busca respuestas en las fotos de las revistas que parecen fascinar a Jake. Estudia a las mujeres desnudas, especialmente a esa mujer de pechos grandes con borrones purpúreos alrededor de los ojos.

Una noche, en el escritorio de una secretaria, encuentra una caja de sombra para ojos. La roba y la lleva a su jaula. La noche siguiente, en cuanto hay silencio, vacía el cuenco metálico de comida y mira su reflejo en el fondo brillante. En cuclillas, sostiene la caja de sombra en una rodilla y examina el contenido: un pincel maquillador y tres colores de sombra para ojos: índigo, verde bosque, violeta silvestre. Rachel escoge el color violeta silvestre.

Cerrándose el ojo derecho con un dedo, se retoca el párpado con el pincel, dejando un borrón color orquídea en la piel pardusca. Estudia el borrón críticamente, luego lo retoca, extendiendo el color más allá de la comisura hasta que desaparece en su pelaje pardo. El color da a su ojo un brillo carnavalesco, una alegría lunática. Trabajando con cuidado, repite el efecto en el otro lado, y se sonríe en el espejo, parpadeando coquetamente.

En la otra jaula, Johnson desnuda los dientes y sacude la alambrada. Ella lo ignora.

Cuando Jake viene a soltarla, le mira los ojos con preocupación.

¿Te lastimaste?, pregunta.

No, dice ella. Luego, al cabo de una pausa: ¿No te gusta?

Jake se acuclilla junto a Rachel y le mira los ojos. Rachel le apoya una mano en la rodilla y su corazón palpita ante su propio atrevimiento.

Eres una mona muy rara, dice él.

Rachel tiene miedo de moverse. Cierra la mano sobre la rodilla de Jake; contrae la cara, creando arrugas alrededor de sus ojos.

Tus ojos me gustaban más antes, dice él, irguiéndose.

Entonces le gustan sus ojos.

Ella asiente sin dejar de mirarlo. Luego se lava la cara en el cuarto de baño, dejando obscuras manchas del color de las magulladuras en las toallas de papel.

Rachel sueña. Camina por el Desierto Pintado con su madre velluda, siguiendo un cañón de roca roja que la llevará hacia el Centro de Investigación de Primates. Su madre se rezaga: no quiere ir al centro, tiene miedo. En la sombra de una saliente rocosa, Rachel se detiene para explicar a la madre que deben ir al centro porque allí está Jake.

La madre de Rachel no entiende LAS. Mira a Rachel con ojos afligidos y trepa por la pared del cañón, dejando a Rachel atrás. Rachel sigue a su madre, y cuando asoma por el borde la ve alejándose a brincos en la roja roca volcánica y la arena arremolinada.

Rachel la persigue aullando como un bebé chimpancé abandonado, gimiendo de desesperación. La figura de la madre tiembla en la distancia, titilando en el calor que se eleva de la arena. La figura cambia. Por las arenas rojas corre una mujer rubia que usa un traje de gimnasia rojo y zapatos de gimnasia. Es esa madre de olor dulzón que Rachel recuerda. La mujer mira hacia atrás y le sonríe.

–No aúlles como un simio, hija –le dice–. Di "mamá". Rachel corre en silencio, una carrera en sueños que no lleva a ninguna parte. La arena le quema los pies y el sol le pega en la cabeza. La mujer rubia desaparece en la distancia, y Rachel queda sola. Se desploma en la arena, gimiendo de miedo y soledad.

Siente el suave contacto de unos dedos que le acarician el pelaje, y por un instante, aún medio dormida, cree que su madre velluda ha regresado. En el sueño, abre los ojos y descubre un par de ojos castaños, separados de ella por una malla de alambre. Johnson. Él ha metido la mano por un hueco del alambre para acariciarla. Mientras le toca el pelaje, la arrulla con sonidos confortantes y suaves.

Aún medio dormida, lo mira y se pregunta por qué le tenía tanto miedo. No parece tan malo.

La acaricia un rato, y luego se queda sentado y la observa a través del alambre. Ella toma una rodaja de manzana de su plato de comida y se la ofrece. Con la mano libre, hace el signo de manzana. Cuando él la toma, ella repite el signo: manzana. Él no es muy rápido para aprender, pero ella tiene tiempo y muchas rodajas de manzana.

Rachel ha terminado sus preparativos, pero se resiste a abandonar el centro. Abandonar el centro significa abandonar a Jake, abandonar las papas fritas, el whisky, la seguridad. Para Rachel, la idea del amor siempre va acompañada por el tibio sabor del whisky y las papas fritas.

Algunas noches, mientras Jake duerme, Rachel va hacia las grandes puertas de vidrio que conducen al exterior. Abre las puertas y se queda de pie en la escalinata, mirando el desierto. A veces un conejo se sienta en los rectángulos de luz que proyectan las puertas de vidrio. A veces ve ratas canguro brincando en el claro de luna como pelotas de goma rebotando en una acera. Una vez pasa un coyote, dirigiéndole una mirada desdeñosa.

El desierto es un lugar solitario. Vacío. Frío. Piensa en Jake, que ronca suavemente en su cuarto. Y siempre cierra la puerta y regresa.

Rachel lleva una doble vida: asistente del ordenanza durante la noche, prisionera y maestra de día. Pasa la tarde dormitando al sol y enseñándole nuevas señas a Johnson.

En una tarde calurosa, Rachel está sentada en el cuarto externo, gozando del sol. Johnson está adentro, y los otros chimpancés callan. Casi imagina que está de vuelta en casa de Aaron, sentada en su patio. Se adormila y sueña con Jake.

Sueña que está sentada en su regazo en el maltrecho diván. Le apoya la mano en el pecho: una mano tersa y clara con uñas pintadas de rojo. Cuando mira la obscura pantalla del

televisor, ve su reflejo. Es una delgada adolescente con cabello rubio y ojos azules. Está desnuda.

Jake la mira y sonríe. La pasa la mano por la espalda y ella cierra los ojos extasiada.

Pero algo cambia cuando cierra los ojos. Jake la acaricia como la acariciaba su madre, entreabriéndole el pelaje para despulgarla. Abre los ojos y ve a Johnson recorriéndole el pelaje con dedos diligentes, observándola con ojos atentos. El reflejo de la pantalla del televisor muestra dos chimpancés abrazados.

Rachel despierta descubriendo que está en celo por primera vez desde que llegó al centro. La piel que rodea sus genitales está hinchada y rosada.

Pasa inquieta el resto del día, paseándose en la jaula. Del otro lado de la pared de alambre, Johnson también está inquieto. La sigue cuando ella sale, olisqueando la barrera que los separa.

Esa noche, Rachel sale ávidamente para ayudar a Jake a limpiar. Lo sigue de cerca, sin permitir que se aleje. Cuando él barre, ella trota detrás con la pala y él casi tropieza con ella dos veces. Ella sigue esperando que él repare en su estado, pero él no parece notarlo.

Mientras trabaja, Rachel bebe un buen sorbo de whisky. Excitada, bebe más que de costumbre y empina dos tazas. El alcohol la deja un poco desorientada, y se tambalea cuando sigue a Jake al cuarto de los ordenanzas. Se acurruca junto a él en el diván. Él se distiende con los brazos apoyados en el diván, las piernas estiradas. Ella se aprieta contra él.

Él se estira, bosteza y se frota la nuca como tratando de combatir la rigidez. Rachel tiende la mano y le frota suavemente el cuello, regodeándose en sentir esa piel, ese pelo contra el dorso de la mano. Los pensamientos que le recorren la mente son confusos. A veces le parece que el pelo que le hace cosquillear las manos es de Johnson; a veces sabe que es el de Jake. Y a veces no parece importar. ¿Son de veras tan diferentes? No, no lo son.

Le frota el cuello sin saber qué hacer a continuación. En las revistas, aquí es donde el hombre toma en brazos a la mujer. Rachel salta al regazo de Jake y lo estrecha, esperando que él la tome en sus brazos. Él parpadea con aire somnoliento. Medio dormido, la acaricia, y le acerca la mano a los genitales. Ella se aprieta contra él emitiendo un suave sonido gutural. Frota la cadera contra la entrepierna de Jake, notando un ligero cambio en su olor, en el ritmo de su respiración. Él parpadea de nuevo, y ahora un poco más despierto. Ella desnuda los dientes en una sonrisa y ladea la cabeza para lamerle el cuello. Él le apoya las manos en los hombros para apartarla, y ella sabe lo que quiere. Se desliza y se vuelve, presentándole los genitales rosados, lista para que la monten, lista para que él la penetre. Gime de excitación, un sonido suave e invitante.

Él no se acerca. Ella vuelve la cabeza y lo ve sentado en el diván, mirándola con los ojos entornados. Jake toma una revista con fotos de mujeres desnudas. Con la otra mano se toca la entrepierna y se pierde en su propio mundo.

Rachel gime como un bebé que ha perdido a la madre, pero él no la mira a ella. Mira la foto de la mujerzuela.

Rachel corre por los obscuros pasillos hacia su jaula, el único hogar que tiene. Cuando llega al corredor, jadea y suelta gemidos tristes. En el corredor mal iluminado, titubea un instante, mirando la jaula de Johnson. El chimpancé está dormido. Ella recuerda el contacto de sus manos cuando la acariciaba. Desde el corredor, alza la puerta que conduce a la jaula de Johnson y entra. Él despierta al oír el ruido y olisquea el aire. Cuando ve a Rachel, camina hacia ella, olfateando ávidamente. Ella le permite tocar sus genitales, inhalar profundamente su olor. Él tiene el pene erecto y gruñe de excitación. Ella se vuelve para entregarse y él la monta, entrando muy profundamente. Mientras él penetra, Rachel piensa por un instante en Jake y en la rubia y delgada adolescente llamada Rachel, pero ese momento pasa. Casi contra su voluntad, suelta un estridente grito de bienvenida y de pérdida.

Tras retirar el pene, Johnson la acaricia dulcemente, oliéndole los genitales y acariciándole el pelaje. Ella siente sueño y satisfacción, pero sabe que no pueden demorarse.

Johnson se resiste a abandonar su jaula, pero Rachel lo toma de la mano y lo conduce al cuarto de los ordenanzas. La presencia de Johnson le da valor. Yergue las orejas y oye la suave respiración de Jake. Deja a Johnson en el pasillo y entra con sigilo en el cuarto. Jake

está tendido en el diván, la revista abierta sobre las piernas. Rachel recoge el equipo que ha preparado y se queda un instante mirando al hombre dormido. Su gorra de béisbol cuelga del brazo de un sillón roto, y ella se la lleva como recuerdo.

Rachel guía a Johnson por los pasillos vacíos. Una rata canguro que junta semillas en la hierba seca, cerca de las puertas de vidrio, alza los ojos con curiosidad cuando Rachel guía a Johnson escalera abajo. Rachel lleva el bolso de plástico colgado del hombro. A lo lejos aúlla un coyote, un gemido largo y ululante. Otros se suman al grito, un coro en el claro de luna.

Rachel toma la mano de Johnson y lo conduce hacia el desierto.

Una camarera que trabaja en Flagstaff y regresa a su hogar de Winslow ve dos simios atravesando la carretera, huyendo de los brillantes haces de sus faros. Tras luchar con su conciencia (no quiere que la acusen de beber en el trabajo), lo notifica al sheriff del condado.

El reportero de un periódico local, un joven ambicioso recién salido de la escuela de periodismo, se entera por el informe policial y entrevista a la camarera. Halagada por tanto entusiasmo y feliz de encontrar alguien que la escucha, ella revela detalles que no mencionó a la policía: uno de los simios usaba una gorra de béisbol y llevaba lo que parecía ser una bolsa de compras.

El reportero redacta una nota rápida y humorística para la edición matinal, y comienza a investigar para un artículo que se publicará durante la semana. Sabe que el periódico, ávido de noticias en una temporada tediosa, dará importancia a una nota de interés humano, una especie de historia de Lassie pero con chimpancés.

Poco antes del alba cae una llovizna, la primera lluvia de la primavera. Rachel busca refugio y encuentra una pequeña cueva formada por tres rocas desmoronadas. Los guarecerá de la lluvia y los ocultará de los curiosos. Comparte con Johnson el agua y la comida. Él la ha seguido de cerca toda la noche, un poco intimidado por la obscuridad y el aullido distante de los coyotes. Ella lo trata protectoramente. Al mismo tiempo, su compañía le da coraje. Él conoce sólo unos pocos gestos en LAS, pero no es preciso que hable. Su presencia es suficiente.

Johnson se acurruca en el fondo de la cueva y pronto se duerme. Rachel se queda sentada en la abertura mirando cómo el alba limpia el cielo de estrellas. La lluvia repiquetea en la arena, un ruido confortante. Ella piensa en Jake. La gorra de béisbol que lleva en la cabeza aún huele a cigarrillo, pero Rachel no lo echa de menos. Palpa la gorra y se pregunta por qué creyó que amaba a Jake.

Cesa la lluvia. Las nubes se elevan como castillos mágicos a lo lejos y el sol naciente las tiñe de rosa y oro y las adorna con estandartes rojos y llameantes.

Rachel recuerda que cuando era pequeña Aaron le había leído la historia de Pinocho, el títere que quería ser niño. Al final de sus aventuras, Pinocho, que ha sido valiente y amable, ve cumplido su deseo. Se convierte en un niño de verdad.

Rachel había llorado al final de aquella historia. Cuando Aaron le había preguntado por qué, ella se había frotado los ojos con el dorso de las mallos velludas.

Quiero ser una niña de verdad, había dicho por señas. Una niña de verdad.

–Tú eres una niña de verdad –había dicho Aaron, pero por alguna razón ella no le había creído.

El sol trepa en el cielo alumbrando las rotas torrecillas rocosas del desierto. Hay magia en este páramo de modesto esplendor. Algunas culturas envían a los jóvenes al desierto para que busquen visiones y esclarecimiento, pensamientos verdaderos engendrados por la inmensidad, la soledad, la belleza del vacío.

Rachel dormita al sol y sueña una visión que tiene la nitidez de la verdad. En el sueño su padre viene a ella.

–Rachel –le dice–, no importa lo que los demás piensen de ti. Eres mi hija.

Quiero ser una niña de verdad, responde ella.

–Tú eres de verdad –dice su padre–. Y no necesitas que te lo demuestre un ordenanza borracho.

Rachel sabe que está soñando, pero también sabe que su padre dice la verdad. Está contenta y feliz y no necesita a Jake. El sol la entibia y un lagarto que la observa desde una roca se escabulle cuando ella se mueve. Rachel recoge una piedra del suelo de la cueva. Raspa la roja pared de piedra arenisca de la cueva. Una forma de corazón. Adentro, escrito con torpeza: Rachel y Johnson. Entre ellos, el signo más. Repasa las letras una y otra vez, horadando la lisa superficie de piedra. A media mañana, aplastada por el calor del día, se duerme.

Poco después del anochecer, un viejo estanciero ve dos simios desde el camión en una zona de su propiedad. Ellos escapan y se pierden entre las rocas pero no sin que él les haya echado una buena ojeada. Llama a la policía, al periódico y al Centro de Investigación de Primates.

El reportero llega a primera hora de la mañana siguiente, entrevista al estanciero y sigue a los hombres del Centro de Investigación de Primates mientras buscan rastros de los chimpancés. Encuentran excrementos de simio cerca de la cueva, lo cual confirma que los fugitivos estaban cerca. El reportero, un joven ambicioso y curioso, logra meterse en la cueva y encuentra los nombres tallados en la pared. Examina la inscripción. La desecharía como garabatos de chicos, pero los nombres concuerdan con los de los chimpancés fugitivos.

–Oye –dice al fotógrafo–, echa un vistazo a esto.

El diario de la mañana siguiente muestra la tosca inscripción de Rachel. En una breve entrevista, el ranchero ha mencionado que los chimpancés llevaban bolsos.

–Parecían provisiones –dijo–. Parecían dispuestos a emprender una larga marcha.

Al tercer día, Rachel se queda sin agua. Se dirige hacia un pueblo marcado en el mapa. Llegan de madrugada. La sed los obliga a viajar de día. Junto a una casa aislada, encuentra un grifo. Está llenando el recipiente cuando Johnson gruñe alarmado.

Una mujer de pelo obscuro observa desde el porche de la casa. No avanza hacia los simios, y Rachel sigue llenando el recipiente.

–Está bien, Rachel –dice la mujer, que ha seguido la historia en los periódicos–. Bebe cuanto quieras.

Sorprendida pero recelosa, Rachel tapa el recipiente y, sin quitar los ojos de encima de la mujer, bebe del grifo. La mujer regresa a la casa. Rachel indica a Johnson que haga lo mismo, y él bebe deprisa. Ella cierra el grifo cuando Johnson termina.

Se disponen a irse cuando la mujer sale de la casa con una bandeja llena de tortillas y un cuenco de manzanas. Los deja en el porche y dice:

–Esto es para vosotros.

La mujer mira por la ventana mientras Rachel guarda la comida en el bolso. Rachel guarda la última manzana, y por señas da las gracias a la mujer. Como la mujer no responde al lenguaje de señas, Rachel toma un palo y escribe en la arena del patio: "Gracias." Luego se despide y se dirige hacia el desierto. Está desconcertada pero feliz.

El periódico de la mañana siguiente incluye una entrevista con la mujer de pelo obscuro. Ella cuenta que Rachel abrió el grifo y lo cerró al terminar, que guardó las manzanas en el bolso y escribió en la arena con un palo.

El reportero también entrevista al director del Centro de Investigación de Primates.

–Estos son animales –le explica malhumoradamente el director–. Pero la gente quiere tratarlos como a personitas velludas.

Describe el centro como una institución "dedicada principalmente a la crianza, con algunas instalaciones para investigación médica". El reportero hace algunas preguntas mordaces acerca de cómo consiguieron a Rachel.

Pero la nota más impactante es una pieza de investigación. El reportero revela que ha hallado al abogado de Aaron Jacobs y ha averiguado que Jacobs dejó un testamento por el cual lega todos sus bienes –incluida la casa y las tierras circundantes– a "Rachel, la chimpancé que reconozco como mi hija".

El reportero traba amistad con una de las jóvenes dactilógrafas del Centro de Investigación y ella le cuenta el chisme de la oficina: la gente sospecha que un ordenanza sordo y ebrio, a quien han despedido por negligencia, ha soltado a los chimpancés. El

reportero, acompañado por un amigo que se puede comunicar con lenguaje de señas, encuentra a Jake en su apartamento de Flagstaff.

Jake, que no ha cesado de beber desde su despido, se siente traicionado por Rachel, por el Centro de Investigación, por el mundo. Presenta una retahíla de quejas contra Rachel: eran amigos, ella le arrebató la gorra de béisbol y escapó. No comprende por qué huyó de ese modo.

–¿Quiere usted decir que ella hablaba? –pregunta el reportero a través del intérprete.

Claro que habla, responde Jake con señas impacientes. Es una mona lista.

Los titulares rezan: "Chimpancé inteligente hereda fortuna". Desde luego, el legado de Aaron no es realmente una fortuna ni ella es realmente una chimpancé, pero está bastante cerca. Los activistas por los derechos de los animales se levantan en defensa de Rachel. El caso se comenta en los noticiarios nacionales. Ann Landers informa que ha recibido una carta de una chimpancé llamada Rachel; había pensado que era un fraude perpetrado por los muchachos de Yale.

La Unión de Libertades Civiles de Estados Unidos asigna un abogado al caso.

De día, Rachel y Johnson duermen en los escondrijos que encuentran: una cueva, un refugio para ganado, el oxidado chasis de un coche abandonado hace años en una garganta del desierto. A veces Rachel sueña con la obscuridad de la selva, y los coyotes se transforman en parte de sus sueños, y sus aullidos se transforman en los gritos de otros simios.

El desierto y el viaje la han cambiado. Es más sabia, pues no ha pasado por el apasionado amor de la adolescencia y ha emergido del otro lado. Un día sueña con su casa. En el sueño tiene pelo rubio y largo, y tez clara. Tiene los ojos enrojecidos por el llanto y recorre la casa con inquietud, buscando algo que ha perdido. Cuando oye el aullido de los coyotes, mira la obscuridad por la ventana. La cara que la mira tiene orejas curvas y pelo desgreñado. Cuando ve la cara, suelta un grito de reconocimiento y abre la ventana para dejarse entrar a sí misma.

De noche viajan. Las rocas y la arena están frías bajo los pies de Rachel cuando camina hacia su casa. En televisión, científicos y políticos comentan las ramificaciones del caso, describen la tecnología revelada por la investigación de los archivos de Aaron Jacobs. Sus debates no afectan el avance de Rachel hacia el rancho ni las estrellas que constelan el cielo.

Es de noche cuando Rachel y Johnson llegan a la casa. Rachel olisquea el viento y huele gases de automóviles y humanos extraños. Desde las colinas ve un pequeño campamento junto a un camión blanco con el nombre de una emisora local de televisión. Titubea, pensando en volver a la seguridad del desierto. Luego toma a Johnson de la mano y echa a andar colina abajo. Rachel regresa a casa.